Polvos y Lodos

Polvos y Lodos.

POR EL

P LUIS COLOMA

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS.

EDICION DE "LA DEFENSA"

MONTERREY

Imprenta Católica, Calle de "Doctor Mier" número 70.

1893.

C. Novela

POLVOS Y LODOS.

> . . y si mi hijo se empeña en no seguir una carrera, le obligaré á aprender un oficio: porque no quiero que la ociosidad corrompa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será él mañana?..
> (*Carta escrita al autor por un padre de familia.*)

La primera vez que ví á Manolo H** era yo muy niño: áun no contaba doce años, y me hallaba á la sazon huésped, en casa de mi amigo Fernándo el más querido de mis compañeros de colegio. Tenia Fernándo un hermano meyor, grande amigo de Manolo y quizo un día llevarnos al magnífico *cháteau* en que éste habitaba, para ver un soberbio león del Sahara, que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos à la lindísima explanada á que el *chateau* daba frente, vimos detenidos ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreon del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta*, tirada por

cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calesera, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas!—exclamó Fernándo al verla, y batiendo las palmas de alegría, se tirò del coche de un sólo salto.

Preguntéle entònces quién era Currito Pencas, y me dijo que, un famoso torero, grande amigo de su hermano y de Manolo, que dirigía el Club-tauromáquico de que ambos formaban parte.

Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger el ganado para la corrida del juéves;—añadió sin tomar resuello...Mi hermano mata y Manolo pone banderillas...Yo no hago nada porque soy chico, pero cuando sea grande, pondré también banderillas, y no seré como ese tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo:* yo daré también el *quiebro*...Y mira, ya me estoy dejando la coleta.

Y al decir esto me mostraba un rapito de pelo, rubio como el oro, que atado con un hilo asomaba bajo el terciopelo de su gorrita escocesa. Yo comencé á reir y le tiré del rabito.

—¡Estáte quieto!—me dijo; que se va á enterar mi hermano. Y pasando cariñosamente su brazo en torno de mi cuello, me preguntaba miéntras subíamos abrazados la escalinata de mármol:

—¿Y tú no quieres ser torero?

—No,—respondí yo gravemente. Quiero ser marino.

—¡Tonto!—exclamó Fernándo, rechazándo-

me léjos de sí: nunca tendrás entónces un coche y unas jaquitas como las de Currito Pencas!...

Yo me encogí de hombros y seguí en pos del hermano de mi amigo, que atravesando varios pasillos y una sala de billar, nos condujo á la estancia en que se hallaba Manolo. Era ésta una gran pieza rectangular, tapizada toda de rico cuero de Còrdoba. con zócalo y artesonado de roble tallado: ocupaban los cuatro ángulos otras tantas armaduras completas, árabe la una con capacete ceñido por un turbante blanco, otra de Milan con adornos ricamente damasquinados y cincelados, y otras dos de mallas, del siglo XIII. En las paredes laterales había otras cuatro panoplias también antiguas, y sobre las dos grandes mamparas de cuero que daban entrada á la pieza, se veían los retratos de un caballero con tabardo oscuro y la insignia de Clavero mayor de Calatrava al cuello, y el de una dama de edad madura, con el severo traje blanco y negro de las viudas del siglo XVII: tenía ésta á los pies una caja de ricas joyas, y constaba en una inscripción esculpida en el marco, que las había cedido para fundar un hospital en 1630.

Componían el resto del mueblaje una sillería de roble tallado, una mesa también de roble con pies de tijera, cuya tapa la formaba una enorme tabla de una sola pieza, admiración de cuantos la veían, y dos de esos armarios del siglo XVI, primorosamente tallados é incrustados, que remataban en el escudo de

armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua y severa magnificencia, había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda, y las extravagancias de gustos pasajeros. Veíanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desórden hijo del buen gusto artístico, sino con ese otro desórden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso en que la obra sigue siempre al deseo, sin dar tiempo á la reflexión, bronces, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *étagéres* colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones. Formaban en uno de ellos un extraño trofeo, varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milan tenía terciado un capote de toreo de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una garrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. A los pies de la dama del siglo XVII, estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores, *la hija*

del aire; y por debajo de éste, encerrado en un rico marco dorado, y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo—¡á los veintidos años!—la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, una montera de torero!...

No sé si era esto casualidad ó era alegoría: es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca à los timbres de su casa otra empresa, que la de aquella montera, desconocida hasta entónces en la heráldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry, y había comprado Manolo en Lóndres à precio exhorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á París para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante de reflejarse en toda su persona cier-

ta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático à primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro, y un chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa ricamente bordada, y cerrada con botonadura de gruesos brillantes: una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba à su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pié y otros sentados, hasta diez ó doce jòvenes, *crême* de los salones de la còrte, al mismo tiempo que *mocitos cruos* del Club-tauromáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue!—exclamó Manolo, invitandole á reanudar su narración, interrumpida un momento á nuestra llegada.

—Pues náa,—prosiguió Currito: too fué que ese Napoleón no tiene ni los diez y nueve reales cabales...(1). Ya me tenía hasta la moña con que si la corrida ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrió en aquel París de Francia, too el día *olivares* (boulevards) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba á las noches un fresquete, que le hacía á uno tiritá en francés. Llegó por fin el dìa de la corrida, y aquello fué pa morirse de risa, caballeros!... Parecía la plaza un tarrito de Pomáa, y á poco más hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigulin!*

(1) Para comodidad del lector, conservamos en lo posible, en las palabras de éste personaje, la ortografía que corresponde al lenguaje del pueblo bajo de Sevilla.

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, á que puso fin Currite Pencas, continuando:

—Maté el primer bicho con un volapiè, que si lo llego à dá en Sevilla...¡caballeros!...se junde Triana, y las campanas de la Giralda repican solas!...Pero en aquella tierra nadie entiende la afisión; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano, para hacerle la venera al palco imperià. Allí estaba el señó Napoleòn, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Prìncipe imperiá, y una piara de Monsiures y Madamas, tan secos y tan *filimicupistis*, que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatrí hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleón se puso entónces los espejuelos, me miró de arriba abajo, y—¡caballeros!...ni que hubiera entrao el gato de casa!—me volvió la espada y se puso á platacá con una vieja que traía en la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de po acà.—¿De qué campanario se habrá escapao esta lechuza?—me dije yo, que en cuauto le eché el ojo le tomé tirria. Y luègo supe que era la duquesa de la *Mota* (La Motte)...como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acaba-

ba de brindá el toro en francés, y...

—¿En francés?...exclamaron varias voces. ¿Y cómo dijiste?...¡Cuenta, Currito, cuenta!

—Pues le dije mu serio:—"Brindo por *bú* (vous), y por la mujer del *bú*, y por el *bucesito* chico."

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito, continuando:

—La Emperatrí, al fin como española que es, estuvo mu campechana. Me dijo que me había visto toreá en Granáa, allá en años témporas, y me encargó que guardará bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto saltó la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mírame y no me toques:

—!Perrro V. sangrrra mucho al torrro!...

—Pues si no quiere V. que lo sangre, le dije yo, mándele al méico y que lo mate con la *mepatía*...Yo no sè si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatrí le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que miéntras la madre reía y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleón chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construio me dice al oído:

—¿Tú me quierrres dar á mí ese traje bonito?...

Pues ¿no he de querer, prenda?...Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenía aquella criaturita una carita de ángel, que parecia una mosqueta.

Y así fué: que aquella misma noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las

Tullerías, con un carté de letra mu fina, que decía:

Al Príncipe imperial, Currito Pencas.

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros...Porque á la otra noche me estaba afeitando pa dir á los Italianos, cuando se me entra por las puertas un Monsiú Coliflor (Colfieuri), que era chalan (chambellan) del Emperaó, más flaco que el San Jerónimo de Moya.

—¿El señó Pencas?—me dijo.

—Para servir á V., amigo; le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entónces más de veinte cortesìas...Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatín, que patatan, saca cuatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalado al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros!...porque me pareció que me daba aquel hombre una guantáa en mitá de la cara!...Venirme á pagarme á mí con cuatro mil francos un regalo que hacía!..

—Tente, Currito, tente,—me dije; que á este hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos sipuiera, y dígole mú campechano:

—Siéntese V., Monsiù Coliflor: vamos á echar un cigarro...Y sacó la petaca de filigra-

na de oro que me regaló la reina.

—¡Oh que linda alhaja!—dijo el Coliflor.

—No es fea,—contesté yo como si tal cosa. Esa me la regaló la Reina de Españo.

—¡Oh que bravos cigarros!

—Regularillos son,—le respondí: el Rey de Portugal me mandó seis cajones iguales.

Y al oir esto el Coliflor, abría cada ojo como un besugo. Y yo entónces más serio que una patata, hago con los billetes una torcía, les pego fuego en el velón, y se los presento para que encienda el cigarro.

—¡Oh señor Pencas!...¡que V. quema el dinero!

—No se apure V., señó,—le dije yo entónces; que tovía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España à ganarse la vida...

¿Qué es lo que V. dice, señor Pencas?...

—Digo, por si V. no sabe, que Currito Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las callejuelas de Regina. ¿Está V.?...Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero...y digo, que ni el Emperaó de Francia, ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Està V., Monsiú Coliflor? ¿Está V.?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algún desmayo,—dije yo volviéndole la espalde. Y aquella misma noche reuni á la cuadrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla: ¡Adios, París!...¡Te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entónces á su colmo. Aquellos pulidos caballeritos, entusiastas del París que llamaba Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales*, se indignaron de que el París verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan sólo un gitano garboso; la digna conducta de Napoleón fué considerada como un crìmen de lesa tauromaquia contra aquel héroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballeresca que la de aquel Conde de Benavente que prendió fuego à su palacio, por haberse hospedado en él aquel Condestable de Borbon, traidor á su pátria. Rodearon, pues, al torero aclamándole y á los gritos de—¡Bien!—¡Bravo! —¡Bien por Currito!—¡Viva Sevilla!—¡Eso es dejar bien puesta la bandera!—le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Dubarry, y le colocaron sobre la mesa.

—Pues claro está, caballeros!—decía Currito desde lo alto de su apoteósis. Quien descabella seis toros tóos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copas. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirviò á Fernándo y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenò luégo al negrito que nos llevase á ver el león preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansión á los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernándo, que no acertaba á separarse de Currito Pencas, se declarò en completa rebelión, y de tal manera chilló y se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalanita del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luégo á casa en el tílburi que nos había traído.

A poco oíamos à lo léjos la preciosa voz de barítono de Manolo, que dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compas de las copas que chocaban, el famoso brindis de Maffeo Orsini en la ópera "Lucrecia:"

Il secreto per esser felice
So io per prova, e l' insegno agli amici... (1).

Al oìrle Fernándo, apretaba los dientes de rabia.

—Si yo fuera el león,—exclamaba, rompìa la reja, y me comía á mi hermano y á ese farol de Manolo!...

Tuvo, sin embargo, que refrenar sus bríos y resignarse á subir conmigo al tílburi, miéntras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un breack, tirado por cuatro caballos que el mismo Manolo guiaba, y alejarse à trote largo, en dirección del cortijo de la Picota.

[1] El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, y lo enseño á los amigos.

En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernándo con harta familiaridad, le dijo, sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernándo le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luègo muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente colita.

—¡Déjame!—me dijo bruscamente: ¡no seas niño!

Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban también el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernàndo!...Tres meses después murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle?—decía. ¡Si es un ángel!...

¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su màs tierna infancia.